

Espera en Dios

○

Santa Presunción

George Davis y Michael Clark

“¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance. El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.” (Isaías 40:27-31)

¿Qué es esperar?

En el mundo occidental odiamos esperar. Queremos todo instantáneamente. Si nos sentamos en un restaurante y esperamos nuestra comida más de diez minutos, estamos dispuestos a escribir una reclamación contra el director. Si el semáforo nos retiene más de dos minutos, comenzamos a entretener el pensamiento de saltárnoslo. Comemos alimentos de microondas y bebemos café instantáneo para no tener que esperar. ¡Todo lo queremos ahora y lo queremos “a lo grande”!

La palabra *esperar* en el pasaje de arriba procede del hebreo *qavah*, que significa “*ligar algo mediante retorcimiento*”. De forma que “*esperar*” en este caso, no habla de inactividad, aunque se exija la inactividad durante un tiempo. Más bien habla de unirse a Dios de manera que Sus deseos se conviertan en los nuestros, atentos a Su visión e intereses, actuando solo cuando Él obre y moviéndonos solo cuando Él se mueva. Se trata de estar tan fundido con Él, que Su vida es tu vida. Se trata de estar tan entretelado con Dios, tan a tono con Su pulso, que cuando Él reposa, nosotros reposamos, y cuando Él trabaja, nosotros trabajamos. El objeto no es la obra ni la espera, sino más bien una completa unidad *en* Él. Jesús dijo, “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.” (Juan 5:17). Él dijo que solo hacía las obras que veía hacer a Su Padre, y que solo hablaba las palabras que oía decir a Su Padre. En el capítulo siete de Juan también dijo por deducción, “Mi Padre espera, Yo espero”.

Jesús, nuestro modelo de espera

“Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle. Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni

aun sus hermanos creían en él. Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea. Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto.” (Juan 7:1-10)

La misma naturaleza del alma caída se resume en la frase, “vuestro tiempo *siempre* está presto”. Dios había creado a Adán y a Eva a su imagen y había comenzado el largo proceso de conformarlos a Su *semejanza* ahí en el jardín. Entonces el diablo vio su oportunidad, “Porque sabe Dios que el día que comáis de ello [del árbol del conocimiento del bien y del mal] vuestros ojos os serán abiertos y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal”. Eran tan inocentes como recién nacidos ciegos, pero el tentador consiguió que creyeran que podían eludir el proceso y agarrar al toro por los cuernos, simplemente comiendo esta deliciosa fruta, y haciéndose *instantáneamente semejantes* a Dios.

Cuando fue escrita la Biblia King James y este pasaje de Isaías se tradujo al inglés, los tribunales de las reinas disponían de mujeres llamadas “Señoritas a la espera”. El propósito de éstas no era otro que hacer más fácil la vida de la reina. Eran responsables de sus recados. Se ocupan de las “cosas pequeñas” y hacían a la reina más efectiva en sus deberes. Estas señoritas a la espera no vivían para ellas mismas ni para sus propios deseos. Vivían solo para agradar a la reina y eran altamente recompensadas cuando conocían tan bien a la soberana que sus pensamientos eran los de ellas, y los deseos de la reina, los suyos propios.

Jesús es el ejemplo supremo de lo que significa *esperar en el Señor*. Considera los siguientes pasajes detenidamente:

“Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.” (Juan 8:28)

“Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.” (Juan 5:19)

“No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.” (Juan 5:30)

De manera que, ¿Qué significa esto para nosotros? Jesús también dijo a los discípulos, “el discípulo no está por encima de *su* maestro, ni el siervo por encima de su señor. Es suficiente para el discípulo ser como su maestro, y al siervo ser como su señor.” Entonces, nosotros que somos Sus discípulos, hemos de estar tan entretejidos con nuestro Padre, que solo hacemos las obras que Le vemos hacer y solo hablamos Sus palabras. No hay lugar en nuestras vidas para la presunción. La presunción decide de forma independiente *qué* y *cuando* basado en lo que percibimos como bueno y apropiado.

¡Déjame correr! ¡Quiero correr!

Es muy difícil para un hombre estar sin hacer nada, distraídamente, viendo a los demás siendo “usados” en el servicio al Rey. Encontramos nuestra identidad en nuestras obras, incluso esas obras que supuestamente hacemos por amor hacia Dios. Hay una historia en el Antiguo Testamento sobre un hombre de estas características. Su nombre era Ahimaas el hijo del sumo sacerdote. Absalom, el hijo del Rey David, se había levantado contra David y finalmente había caído muerto en la batalla. Joab sabía que tenía que enviar la palabra a David sobre la muerte de su hijo, y escogió a un extranjero entre los rangos para dar a David las malas noticias de la muerte de su hijo. Pero Ahimaas tuvo una mejor idea. ¡Quiso correr!

“Entonces Ahimaas hijo de Sadoc dijo: ¿Correré ahora, y daré al rey las nuevas de que Jehová ha defendido su causa de la mano de sus enemigos? Respondió Joab: Hoy no llevarás las nuevas; las llevarás otro día; no darás hoy la nueva, porque el hijo del rey ha muerto. Y Joab dijo a un etíope: Ve tú, y di al rey lo que has visto. Y el etíope hizo reverencia ante Joab, y corrió. Entonces Ahimaas hijo de Sadoc volvió a decir a Joab: Sea como fuere, yo correré ahora tras el etíope. Y Joab dijo: Hijo mío, ¿para qué has de correr tú, si no recibirás premio por las nuevas? Mas él respondió: Sea como fuere, yo correré. Entonces le dijo: Corre. Corrió, pues, Ahimaas por el camino de la llanura, y pasó delante del etíope. Y David estaba sentado entre las dos puertas; y el atalaya había ido al terrado sobre la puerta en el muro, y alzando sus ojos, miró, y vio a uno que corría solo. El atalaya dio luego voces, y lo hizo saber al rey. Y el rey dijo: Si viene solo, buenas nuevas trae. En tanto que él venía acercándose, vio el atalaya a otro que corría; y dio voces el atalaya al portero, diciendo: He aquí otro hombre que corre solo. Y el rey dijo: Este también es mensajero. Y el atalaya volvió a decir: Me parece el correr del primero como el correr de Ahimaas hijo de Sadoc. Y respondió el rey: Ese es hombre de bien, y viene con buenas nuevas. Entonces Ahimaas dijo en alta voz al rey: Paz. Y se inclinó a tierra delante del rey, y dijo: Bendito sea Jehová Dios tuyo, que ha entregado a los hombres que habían levantado sus manos contra mi señor el rey. Y el rey dijo: ¿El joven Absalón está bien? Y Ahimaas respondió: Vi yo un gran alboroto cuando envió Joab al siervo del rey y a mí tu siervo; mas no sé qué era. Y el rey dijo: Pasa, y ponte allí. Y él pasó, y se quedó de pie. Luego vino el etíope, y dijo: Reciba nuevas mi señor el rey, que hoy Jehová ha defendido tu causa de la mano de todos los que se habían levantado contra ti. El rey entonces dijo al etíope: ¿El joven Absalón está bien? Y el etíope respondió: Como aquel joven sean los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se levanten contra ti para mal. Entonces el rey se turbó, y subió a la sala de la puerta, y lloró; y yendo, decía así: ¡ Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!” (2ª Samuel 18:19-33).

En nuestra naturaleza caída tenemos una gran tendencia a salir corriendo. Vemos una gran conmoción y queremos ser parte de ello, incluso si no tenemos la más mínima pista de lo que se trata. Joab sabía que Ahimaas era un “hombre bueno”. También sabía que no era el día para que corriera puesto que no tenía ningún mensaje que dar. Hoy día escuchamos con tanta frecuencia a hombres detrás de púlpitos o estrados en conferencias, que han corrido por delante de Dios y realmente no han tenido ningún mensaje del Reino que dar, sino solamente un mensaje de su propio ingenio humano. Jeremías profetizó de estos diciendo “Me dijo entonces Jehová: Falsamente profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, ni les mandé, ni les hablé; visión mentirosa, adivinación, vanidad y engaño de su corazón os profetizan.” (Jeremías 14:14). Esto es un asunto muy serio, “Porque yo no los envié, dice Jehová, y ellos profetizan falsamente en mi nombre, para que yo os arroje y perezcáis vosotros y los profetas que os profetizan.” (Jeremías 27:15). Seguir a estos líderes presuntuosos es seguir ciegamente a los ciegos.

Pablo advirtió a la iglesia de los Gálatas que no podían perfeccionar en su carne lo que Dios había sembrado en ellos por el Espíritu. ¡También es cierto que Él no perfeccionará en el Espíritu lo que nosotros comenzamos en la carne! Con cuanta frecuencia nosotros, como Abraham, nos cansamos de esperar y decidimos cumplir la promesa de Dios de un hijo divino durmiendo con una esclava. No importa lo desesperadamente que Abraham clamara a Dios para que bendijera a su Ismael, Dios rehusó hacerlo. Dios no compartirá Su gloria con nadie. O se lleva todo el mérito o no se lleva ninguno. Hablando de los fariseos, Jesús dijo, “Pero respondiendo él, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo.” (Mateo 15:13-14).

Recuerda, ni es de los ligeros la carrera ni de los fuertes la guerra (Eclesiastés 9:11), ni tampoco es suficiente el celo y la fuerza de la juventud. Es para los que esperan en el Señor, que Él traiga esa *nueva fortaleza* que procede de lo alto en Su tiempo y para Sus propósitos, cuando éstos se entretengan con Él exclusivamente. Es para los que no son suficientes, sino que tienen exclusivamente la suficiencia de Dios. Estos son los que Él conoce íntimamente, y los que Le conocen a Él, Su corazón, Su pulso, y su tiempo (lee Mateo 7:21.23).

La espera—La prueba suprema del Hombre

Rara vez Dios hace algo antes de un largo período de espera. El hace esto por varias razones. Quiere probarnos—mostrarnos lo que hay en nuestros corazones, como hizo esperar a Israel en el desierto para humillarlos y probarlos con el fin de darles a conocer lo que había en sus corazones (lee Deuteronomio 8:2). Quiere ver quien es el que va a esperar en Él en fe y quién el que va a actuar en su propia presunción/incredulidad. También deja pasar suficiente tiempo hasta que sea quitada toda esperanza de ver la promesa cumplida en nuestras propias fuerzas y capacidades. Esos tiempos prueban la fe y la paciencia de los elegidos. Abraham es una ilustración clásica de esto. Fue después de un largo período de espera que Abraham fue probado como justo. Sara, estéril en su vejez, no era una prueba suficiente. Agar seguía siendo una opción. La semilla de Abraham también tenía que secarse para que muriera toda esperanza en su capacidad para hacer que sucediera la promesa.

Después tenemos a Daniel. Entendía por los libros el cumplimiento del número de años (setenta) de la cautividad babilónica, y sin embargo no comenzó un “Movimiento de Restauración Jerusalén”. Daniel sabía que solo la poderosa mano de Dios podía acabar con la cautividad de Su pueblo. Daniel esperó la salvación de Israel. No comenzó a tocar el tambor ni a dar conferencias. Jamás reunió al pueblo sino que “puso su rostro hacia Dios”, ayunando y orando. Fue Daniel, actuando al unísono con Dios, entretejido con el corazón y el propósito de Dios, lo que trajo la libertad a Israel y lo que logro romper el cautiverio de Babilonia. En nuestro día, la cautividad del pueblo de Dios de Babilonia la Grande y de sus hijas ramera, será rota por los que esperan en fe en el Padre, con una devoción que no puedo ser menor que esto.

En el libro de los Hechos los discípulos esperaron en el aposento alto hasta recibir el poder de lo alto. Los auténticos avivamientos de la historia también han nacido de una espera y de una llenura de poder semejantes. La verdadera pregunta es, ¿vamos a esperar el verdadero mover del cielo, o vamos a hacer que las cosas comiencen a suceder por nosotros mismos?

A menos que Dios nos haya dado una palabra certera y no haya llamado a salir de la espera, lo mejor es no moverse. Actuar antes es presunción al más alto nivel. Recuerda que nuestro Salvador esperó treinta y tres años antes de ser abiertamente revelado en las orillas del río Jordán, como el Hijo en quién Dios tomaba complacencia. Esperar es lo más difícil para un hombre. En tiempos así es cuando escuchas el clamor impaciente, “No puedes quedarte quieto sin hacer nada! ¡Hagamos algo aunque esté mal!”

Finalmente, nos gustaría compartir el último capítulo de “La Vida Cristiana Normal”, de Watchman Nee, que ha sido una fuente de bendición para ambos. ¡Esperamos que también lo sea a vosotros! Se titula “Desperdicio” ¿Has pensado alguna vez que a los ojos del hombre pecador y del cristiano carnal, Dios es un Dios de derroche? ¿Estás desesperado porque es como si Dios te tuviera retenido, desperdiciando tu vida mientras que los “edificadores” cristianos están muy ocupados con el levantamiento de sus reinos? Y por si eso no fuera suficientemente malo, ¿te están criticando por no haberte unido a ellos y por haber dejado tu lugar de reposo a sus pies? Recuerda, fueron los edificadores los que rechazaron la Principal Piedra del Ángulo (lee Salmos 118:22) en su celo por dejar sus marcas en esta tierra. (lee Mateo 21:33-46).

EI PRINCIPIO DE DESPERDICIO DEL REINO

“Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella.” (Marcos 14:4,5). Estas palabras nos traen lo que yo creo que el Señor querría que consideráramos finalmente juntos, es decir, lo que significa la palabrita “desperdicio”.

¿Qué es desperdicio? Desperdicio significa, entre otras cosas, dar más de lo necesario. Si un chelín es suficiente pero das una libra, es un desperdicio. Si dos gramos son suficientes pero das un kilo, es un desperdicio. Si tres días son suficientes para acabar una tarea perfectamente, y tu inviertes cinco días o una semana en ello, es un desperdicio. Desperdicio es dar mucho a cambio de muy poco. Si alguien recibe más de lo que vale, es un desperdicio.

Pero recuerda que aquí estamos tratando con algo que el Señor dijo, salir con el Evangelio dondequiera que el Evangelio fuera llevado. ¿Por qué? Porque Él quiere que la predicación del Evangelio emitiera algo a lo largo de las líneas de acción de María en este pasaje, es decir, que la gente viniera a Él y literalmente se desperdiciara en Él. Este es el resultado que Él busca.

Debemos mirar a este asunto del desperdicio en el Señor desde dos ángulos: el de Judas (Juan 12:4-6) y el de los otros discípulos (Mateo 26:8,9) y para nuestro propósito presente desarrollaremos dos registros paralelos.

Los doce al completo lo consideraron un derroche. Para Judas, por supuesto, que nunca había llamado a Jesús “Señor”, todo lo que se derrochara sobre él, era un desperdicio. No solo era un derroche la propia unción: incluso el agua habría sido un desperdicio. Judas significa el mundo. A los ojos del mundo es un absoluto desperdicio el servicio al Señor y nuestra entrega a Él en esa clase de servicio. Él nunca ha sido amado ni ha tenido un lugar en el corazón del mundo, de forma que cualquier clase de entrega a Él es un desperdicio. Muchos dicen, “¡Ese tal o cual hombre podría haber sido muy bueno en el mundo si no hubiera sido cristiano!” Puesto que el hombre tiene algún talento natural o ventaja a los ojos del mundo, consideran una pena que él sirva al Señor. Lo que piensan realmente es que esa gente es demasiado buena para el Señor. “¡Qué desperdicio de una vida tan útil!”, dicen.

Déjenme darles un ejemplo personal. En 1929 regresé de Shanghai a mi casa en Foochow. Un día, caminando por la calle con un bastón, muy débil y rota mi salud, me encontré con uno de mis viejos profesores de la universidad. Me llevó a una tetería y me senté. Me miró de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza, y entonces dijo: “Mira, durante tus años de universidad pensamos mucho en ti, y teníamos esperanzas de que lograrías algo grande. ¿Quieres decirme que esto es lo que eres?”. Mirándome con ojos penetrantes, me preguntó esa pregunta intencionada. Debo confesar que al oírla, mi primer deseo fue el de quebrantarme y echarme a llorar. Mi carrera, mi salud, todo se había esfumado y aquí estaba mi viejo profesor que me había enseñado leyes en la escuela, preguntándome, “¿Sigues todavía en esta condición, sin éxito, sin progreso, nada que enseñar?”

Pero inmediatamente después—y tengo que admitir que en toda mi vida era la primera vez, supe realmente el significado de tener el “Espíritu de gloria” reposando sobre mí. El pensamiento de poder derramar mi vida por el Señor inundó mi alma con gloria. Nada menos que el Espíritu de gloria estaba sobre mí entonces. Pude mirar hacia arriba y sin reservas decir, “Señor, ¡Te alabo! ¡Esto es lo mejor posible; es el camino recto que he escogido!” Para mi profesor parecía un completo desperdicio servir al Señor, pero para eso es el evangelio—para traernos a cada uno de nosotros a una consideración verdadera de su valor.

Judas lo consideró un desperdicio. “Podría irnos mejor con el dinero usándolo de otra forma. Hay muchos pobres. ¿Por qué no lo damos a la caridad, hacemos algún servicio social especial para apoyarlos, ayudando a los pobres de alguna manera práctica? ¿Por qué derramarlo a los pies de Jesús?” (Lee Juan 12:4-6). Esa es siempre la forma de razonar del mundo. “¿No puedes encontrar un mejor empleo para tu vida? ¿No puedes hacer algo mejor contigo mismo que esto? ¡Vas a ir demasiado lejos entregándote totalmente al Señor!”

Pero si el Señor lo vale, entonces, ¿Cómo puede ser un desperdicio? Es digno de ser tan servido. Él es tan digno para mí como para ser Su prisionero. Él es tan digno para mí como para vivir para Él. ¡Él es digno! Lo que el mundo dice al respecto no importa.

EL señor dice, "No la molestéis". De manera que no nos debemos preocupar. Puede que los hombres digan lo que les guste, pero nosotros podemos estar en este terreno, que el Señor diga, "Es una buena obra. Toda obra verdadera no se hace a los pobres; toda obra verdadera se Me hace a Mí". Una vez que nuestros ojos han sido abiertos al verdadero valor de nuestro Señor Jesús, nada es demasiado bueno para Él.

Pero no quiero centrarme mucho más en Judas. Avancemos para ver cual fue la actitud de los otros discípulos, porque su reacción nos afecta más que la de Judas. No nos importa mucho lo que el mundo esté diciendo. Podemos aguantar eso, pero si nos preocupa muchísimo lo que otros cristianos que ya deberían entender puedan estar diciendo. Y sin embargo, descubrimos que de cían exactamente lo mismo que Judas. Y no solo lo dijeron, sino que estaban muy enfadados, muy indignados al respecto. "Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo: ¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres" (Mateo 26:8,9).

Por supuesto, sabemos que la actitud de mente que dice "Consigue todo lo que puedas por lo menos posible" es demasiado común entre los cristianos. Sin embargo, lo que hay aquí no es esto, sino algo mucho más profundo. Permíteme ilustrarlo. ¿Ha estado alguien diciéndote que estás desperdiciando tu vida sentándote sin hacer gran cosa? Dicen, "Esta es la gente que debería ponerse a hacer ésta o ésta otra clase de trabajo. Podrían ser usados para ayudar a éste o a éste otro grupo de gente. ¿Cómo es que no son más activos?" y al decir esto, su idea completa es la del uso. Todo ha de ser usado al máximo mediante fórmulas comprendidas por ellos.

Están también los que están muy preocupados con algunos queridos siervos del Señor en esta misma área, que aparentemente no están haciendo suficiente. Podrían hacer tanto más, piensan, si pudieran asegurarse una entrada en algún sitio, y disfrutar de una aceptación y prominencia mayor en ciertos círculos. Y así podrían ser usados mucho más. Ya he hablado de una hermana a quien conocí mucho tiempo y que pienso que es por quién yo he sido más ayudado. Fue usada por el Señor de una forma muy real durante los años que estuve asociado con ella, aunque para algunos de nosotros en ese tiempo no fue algo muy aparente. La preocupación de mi corazón fue esta: "¡No está siendo usada!" Constantemente Me decía a Mí mismo, "¿Por qué no sale y hace algunas reuniones, va a algún lugar, o hace algo? Es un desperdicio que ella viva en esta pequeña aldea donde no sucede nada!" A veces, cuando iba a verla, casi le gritaba. Le decía, "Nadie conoce al Señor como tú. Conoces el libro de la forma más viva posible. ¿Es que no ves la necesidad por todas partes? ¿Por qué no haces algo? Es un desperdicio de tiempo, un desperdicio de energía, un desperdicio de dinero, un desperdicio de todo, sentada ahí todo el día sin hacer nada!"

Pero no, hermanos, eso no es lo primero para el Señor. Él quiere que tú y yo seamos usados, ciertamente. Dios me libre de predicar la inactividad o de buscar justificar una actitud complaciente hacia las necesidades del mundo. Como Jesús mismo dice, "El Evangelio será predicado por todo el mundo". Pero la cuestión es un asunto de énfasis. Mirando atrás hoy, me doy cuenta de lo grande que fue el Señor usando a esa querida hermana para hablar a un número de nosotros, hombres jóvenes, que estábamos en su escuela de entrenamiento por causa de la misma obra del Evangelio. No puedo dar suficientes gracias a Dios por ella y por la influencia de su vida sobre mí.

Entonces, ¿Cuál es el secreto? Es claramente éste, que al aprobar la acción de María en Betania, el Señor Jesús estaba estableciendo una cosa como fundamento de todo servicio; que derrames todo lo que tienes, tu propio ser, a Él. Y si eso fuera todo lo que Él que te permite hacer, entonces es suficiente. En primer lugar no se trata de si "los

pobres” han sido ayudados o no. Eso seguirá después, pero la primera pregunta es, ¿Ha sido el Señor satisfecho?

Habrán muchas reuniones que podamos apuntar, muchas convenciones en las que podamos ministrar, muchas campañas evangelísticas en las que podamos participar. No es que no podamos hacerlo. Podríamos trabajar y ser usados al máximo; pero el Señor no está tan preocupado por nuestra ocupación incesante en nuestra obra por Él. Ese no es el primer objeto. El servicio al Señor no ha de medirse por resultados tangibles. No, amigos míos, la primera preocupación del Señor es con nuestra posición ante Sus pies, y nuestra unción de Su cabeza. Lo que tengamos como “frasco de alabastro”: aquello más precioso, lo más querido del mundo para nosotros, si, déjame decirte, el fluir desde nosotros de una vida que es producida por la misma cruz—damos todo eso al Señor. Para algunos, incluso para los que deberían entender, parece un desperdicio, pero eso es lo que Él busca por encima de todo. Con mucha frecuencia, entregarnos a Él será en un servicio incansable, pero Él se reserva para Sí el derecho a suspender el servicio durante un tiempo, para poder descubrirnos si es eso o Él mismo lo que nos está sujetando.